

Madre/Mujer/sinthoma

Ana Ruth Najles

Septiembre 2013

La últimísima enseñanza de Jacques Lacan nos enseña que si no nos orientamos por lo real del goce nos perdemos en los espejismos que lo imaginario nos ofrece.

Teniendo esto en cuenta, tomare lo femenino –en tanto goce- como cuestión preliminar a la diferencia entre madre y mujer.

Ya que el goce femenino es lo que le permite a Lacan en el seminario XX, situar al goce como tal, es decir, en tanto real. Ese goce real en tanto fuera del sentido lo conduce hacia su última enseñanza que se centra en torno del sinthoma como real sin ley.

Intentare relacionar el goce femenino, o goce suplementario u Otro goce que Lacan ubica del lado de femenino de la sexuación en el seminario XX con el goce del sinthoma del seminario XXIII.

Ya que este sinthome, definido como acontecimiento de cuerpo en tanto cuerpo que goza a partir del significante, es el dato primero en la última enseñanza de Lacan. Esta última enseñanza se inicia en el momento en que la experiencia analítica verifica que “no hay relación sexual”, ya que lo que se impone es el “hay Uno”, Uno que Lacan formalizará como sinthome.

Ese punto de partida del “no hay relación sexual” se articula con el Otro goce que en el seminario XX Lacan afirma que tiene que ver con el amor y que se manifiesta como estrago, en tanto la otra cara del amor.

Es decir, que la última enseñanza pone al goce en primer plano. Se trata del goce del cuerpo propio, del cuerpo del Uno del órgano (objeto a), que da cuenta de que el S_1 produce un acontecimiento en el cuerpo: eso que produce en el cuerpo es ese goce que es, a su vez, **causa** de la realidad psíquica.

Pero decir que es causa implica afirmar que ese goce no es la realidad psíquica ya que la realidad psíquica remite a lo que Lacan llamaba anteriormente fantasma, y que a esta altura de su enseñanza, ubica del lado de las ficciones, vale decir, del semblante, en la juntura que en el nudo borromeo se produce entre lo imaginario y lo simbólico: nos referimos al goce del sentido (jouissance) que, en tanto no es real, no es realmente un goce. Como lo dice Miller, a nivel de lo real, el Otro del Otro significante es el cuerpo y su goce, o sea, el conjunto del Uno y del cuerpo.

Es decir, que cuando se quita el tapón del objeto a en tanto semblante de ser se desnuda el mas allá, que es la existencia real. La existencia que remite al Uno solo, la del sinthoma (por la cual el parlêtre habla solo (inc. Real?).

La experiencia analítica da testimonio de que hay ‘**solamente**’ dos tipos de goce que puede experimentar el parlêtre, y, por lo tanto, **solo** dos goces que pueden calificar a las posiciones sexuadas.

Por un lado, el de la localización por la vía del órgano fálico, que remite a la

alternancia presencia/ausencia (detumescencia/menos phi, potencia) común a hombres y mujeres. Se trata del goce fálico que puede ser representado por un órgano simulacro, es decir, por cualquier objeto a (desde un pene a un hijo).

Por el otro, un goce que aparece más difuso, no localizable en un órgano, y por esto mismo menos sometido a la decadencia, susceptible de ser múltiple y envolvente.

Es decir, que más allá del goce fálico, hay un goce privado de órgano, un goce Otro (seminario XX) que no se acomoda –vía la alienación- a lo simbólico, al significante.

Como lo afirma Miller, si las mujeres tienen un acceso más decidido a dicho goce es porque no padecen la angustia del propietario¹. Y eso es lo que les posibilita no ceder sobre la exigencia amorosa.

Una mujer esta siempre dispuesta a dar todo de sí misma pero a cambio de no dejar de pedir “más/encore”. En cambio, un hombre se contentaría, al decir de Eric Laurent², sólo con “uno más”.

Pero es fundamental en la época en que vivimos tener claro que este ‘Otro goce’ no es patrimonio de ningún genero en particular, tal como nos lo muestra Lacan ya en 1972 cuando nos da como ejemplo de dicho goce al místico San Juan de la Cruz. Los místicos le permitieron a Lacan demostrar cómo a todo llamado de amor razonable, es decir, menos apasionado le responde del lado femenino el ‘Otro goce’, que pone en evidencia la no reconciliación con el significante, o lo que es lo mismo, la no existencia de la relación sexual.

Esto permite reconocer que el goce fálico, que se acomoda a lo simbólico, es el goce orientado por la per-versión, por la versión del padre o nombre del padre edípico, es decir es el goce perverso, que puede manifestarse en una mujer por la vía de la histeria y la de la maternidad. Es el goce fuera del cuerpo –en tanto cuerpo imaginario-, que se ubica en el nudo borromeo en la juntura entre lo simbólico y lo real.

Mientras que el goce femenino, el goce Otro o el suplementario al que Lacan se refiere en el seminario XX, retorna en el Seminario sobre Joyce como el goce del Otro que no hay, goce del A barrado en tanto no hay Otro del Otro simbólico, goce que se ubica en el nudo entre real e imaginario, y por fuera de lo simbólico.

Es decir, que se trata de un goce fuera de la ley, que se aislará en la experiencia analítica por la vía del sinthoma como acontecimiento del cuerpo, de ese cuerpo recortado, traumatizado, por el S_1 solo.

Es por eso que lo estragante para un hijo no es una mala madre sino que se puede manifestar la ‘verdadera mujer’, la del goce femenino, en cualquier mujer, incluida la propia madre.

Y la verdadera mujer es terrible porque, en tanto es toda mujer, pierde la

¹ JAM: El partenaire-sintoma, cap. Una repartición sexual.

² E. Laurent, Los dos sexos y el Otro goce, Enlaces 7, 2002.

brújula fálica y está dispuesta a sacrificar todo lo patológico, o sea, todo lo fálico, incluidos sus hijos en tanto objetos a, en nombre de la exigencia de amor.

Tal el caso de Medea que mata a sus hijos en el momento de enterarse que ha perdido el amor de Jasón, o el de Madeleine que quema sus cartas cuando piensa haber perdido el amor de Gide.

Como lo apunta Laurent³ las mujeres están en relación con el lugar en el que falta la última palabra sobre el amor: A barrado. Del lado masculino esta falta es obturada por el objeto del fantasma, mientras que del lado femenino llegará al final el goce de la palabra, vale decir, el silencio!!!! Si del lado femenino la palabra se calla, es porque en ese punto se goza de la palabra. Se trata de que en este punto de desfallecimiento de la palabra se manifiesta su esencia misma. Es ahí donde una mujer recobra el silencio de un amor más digno que la charlatanería que describen sus ficciones.

³ E. Laurent: Un amor más digno. ¿??